



Título original: *An Old-Fashioned Girl*

© 2026, de la traducción por Lidia Berrocal Campuzano

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-39-1

DL: B 22.069-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en mayo de 2026 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



LOUISA MAY ALCOTT

UNA JOVEN DE OTRO TIEMPO

TRADUCCIÓN DE LIDIA BERROCAL CAMPUZANO



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

PREFACIO DE LA AUTORA

Dado que el prefacio es el lugar en el que un autor puede explicar su propósito o disculparse por sus faltas, me atrevo a sacar partido de este privilegio para hacer una declaración en beneficio de mis lectores.

Si bien la primera parte de *Una joven de otro tiempo* se escribió en 1869, el deseo de que hubiera una segunda, expresado en pequeñas cartas suplicantes a las que era imposible negarse, me hizo llevar a mi heroína unos seis o siete años hacia el futuro. La naturaleza doméstica de la historia posibilitó este gesto audaz, tanto como la viva imaginación de mis jóvenes lectores suplirá sus defectos y pasará por alto las incongruencias.

Confío, por otro lado, en que esta explicación aliviará a aquellos cuyas mentes más disciplinadas no conciben semejante anarquía, del desconcierto que sufrieron cuando se intentó el mismo experimento en un libro anterior.

Una joven de otro tiempo no pretende ser un modelo, sino ampliar la perspectiva de la «jovencita moderna», que ignora o se avergüenza de las viejas costumbres que permiten a muchas mujeres, bellas y honradas, hacer de un hogar un lugar feliz, en el que padres e hijos, hermanos y hermanas, aprenden a amarse, conocerse y ayudarse mutuamente.

Si las experiencias juveniles de Polly dan alguna pista en

este sentido, sentiré que, pese a los obstáculos, no he descuidado del todo mi deber hacia los hombrecitos y las mujercitas para quienes me honra y complace escribir, ya que en ellos siempre he encontrado a mis seguidores más fieles, a mis críticos más gentiles y a mis amigos más cálidos.

CAPÍTULO I

LA LLEGADA DE POLLY

—**E**s hora de ir a la estación, Tom.

—Pues, venga, vamos.

—Oh, yo no voy. Hay mucha humedad y se me desharían los rizos si saliera en un día como este. Quiero estar presentable cuando llegue Polly.

—No querrás que vaya yo solo y traiga a una desconocida a casa, ¿no? —Tom estaba alarmado, como si su hermana le hubiera propuesto escoltar a una mujer salvaje de Australia.

—Pues claro que sí. Debes ir a recogerla tú. Y, si no fueras un oso, hasta te gustaría.

—¡Qué cara tienes! Supongo que debería ir, pero tú dijiste que también vendrías. ¡La próxima vez no pienso preocuparme por tus amigas! ¡No, señor! —Tom se levantó del sofá pese a su indignación, cuyo efecto quedaba empañado en cierto modo por una cabeza despeinada y por el aparente descuido de sus ropas en general.

—Venga, no te enfades. Convenceré a mamá para que permita que venga a visitarte ese tal Ned Miller, que tan bien te cae, cuando se haya ido Polly —dijo Fanny con la esperanza de apaciguar su mal humor.

—¿Cuánto tiempo se quedará? —quiso saber Tom.

—Un mes o dos, probablemente. Es tan agradable... Se quedará mientras se sienta a gusto.

—No se quedará mucho tiempo si puedo evitarlo —murmuró

Tom, que consideraba a las chicas la parte superflua de la creación.

Los chicos de catorce años como él tendían a opinar de ese modo, lo que tal vez resultaba adecuado, ya que luego, como solían cambiar radicalmente, tenían la oportunidad de dejarse llevar por una buena chica, metafóricamente hablando, al convertirse tres o cuatro años después en esclavos serviles de «esas molestas».

—¡Venga ya! ¿Cómo voy a reconocer a la criatura? No la he visto nunca y ella no me ha visto nunca a mí. Tienes que venir tú también, Fan —añadió mientras se dirigía a la puerta, aterrado ante la idea de que quizá tendría que abordar a varias chicas desconocidas antes de dar con la que debía encontrar.

—La encontrarás rápido. Seguramente nos estará buscando mientras espera. Y creo que te reconocerá, seguro, aunque yo no esté allí, porque te he descrito.

—Entonces no me reconocerá —dijo Tom, mirándose en el espejo mientras se atusaba enérgicamente su cabellera rizada, convencido de que su hermana no le había hecho justicia. Las hermanas nunca hacían justicia, «los chicos» lo sabían bien.

—Andando o llegarás demasiado tarde y, entonces, ¿qué pensará Polly de mí? —le gritó Fanny, con la impaciencia que tanto incomoda a la dignidad masculina.

—Pensará que te importan más tus rizos que tus amigas, y seguramente tendrá razón.

Con la sensación de que había dicho algo lo suficientemente cortante, Tom se fue paseando, sin prisa, consciente de que era tarde, pero sin apresurarse mientras pudieran verlo aunque más tarde tuviera que correr para compensarlo.

—Si fuera el presidente, haría una ley para hacer callar a todos los chicos hasta que se hicieran mayores, porque son los sapos más irritantes del mundo —dijo Fanny mientras miraba a su hermano arrastrar los pies en la calle.

Sin embargo, habría cambiado de opinión si lo hubiera seguido, ya que, en cuanto dobló la esquina, su aspecto se transformó por completo: sacó las manos de los bolsillos, dejó de silbar, se abrochó la chaqueta, se ajustó la gorra y empezó a caminar a un ritmo más apresurado.

El tren acababa de detenerse cuando Tom llegó a la estación, jadeando y rojo como una langosta a causa del viento y de la corrida.

«Supongo que llevará moño y un chisme de esos en la cabeza, como todas las demás, ¿cómo la voy a reconocer? ¡Es lamentable que Fan me haya obligado a venir solo!», pensó Tom mientras observaba a la gente que se arremolinaba en la estación, sintiéndose un tanto intimidado ante la colección de señoritas que pasaban por su lado. Como tenía la impresión de que ninguna de ellas estaba buscando a nadie, no hizo ademán de aproximarse, aunque dirigió una mirada con aire de mártir a cada grupito. «Es esa», se dijo a sí mismo al ver a una chica bellamente ataviada, de pie, con las manos entrelazadas y con un sombrero en lo alto de un gran moño o «ñoño», como lo pronunciaba Tom.

«Supongo que tengo que hablar con ella, así que ahí vamos». Y, preparándose para tal empresa, Tom se aproximó lentamente a la damisela, cuyo vestido parecía hecho jirones por el viento, de la cantidad de fajines, festones, volantes, rizos, bucles y plumas de los que estaba compuesto.

–Disculpe, ¿podría indicarme si es usted Polly Milton? –le preguntó Tom con aire sumiso a la desconocida de aire despreocupado.

–No, no lo soy –le respondió la joven dama, dirigiéndole una mirada que lo dejó totalmente helado.

–¿Dónde diablos estará? –protestó Tom mientras se alejaba enfadado. El repiquetear de unos pasos apresurados a su espalda lo obligó a darse la vuelta a tiempo de ver a una chiquilla de rostro juvenil corriendo desde el otro extremo

de la estación, en lo que parecía encontrar un gran deleite. Al sonreírle y saludarlo, equipaje en mano, Tom se quedó donde estaba y la esperó, mientras se decía a sí mismo: «¡Vaya! ¿Esa es Polly?».

Cuando la chiquilla llegó a su lado, alargando la mano con una mirada al mismo tiempo tímida y alegre que se reflejaba en sus ojos azules, le preguntó:

–Eres Tom, ¿verdad?

–Sí, ¿cómo lo has sabido? –dijo Tom y, completamente sorprendido, logró superar el recelo de darle la mano al no reparar en ello.

–Oh, Fan me dijo que tenías el cabello rizado y una nariz graciosa, que silbabas continuamente y que llevabas una gorra gris que te tapaba los ojos, así que te he reconocido de inmediato.

Polly asentía con la cabeza del modo más afectuoso, absteniéndose de calificar el pelo de «zanahoria», la nariz de «chata» y la gorra de «vieja», detalles que Fanny había hecho que memorizara meticulosamente.

–¿Dónde está el resto de tu equipaje? –le preguntó Tom al recordar cuál era su deber cuando ella le entregó una bolsa que él no se había ofrecido a llevar.

–Padre me dijo que no esperara a nadie si quería disponer de carruaje, así que solicité uno a ese hombre y ahí está con mis cosas.

Polly se adelantó tras la única y modesta maleta que conformaba su equipaje, seguida de Tom, que iba un tanto deprimido por su propia negligencia en lo que a atenciones amables se refería.

«¡Gracias a Dios que no es para nada una de esas señoritas! Fan no me dijo que era guapa. No se parece a las chicas de ciudad ni actúa como ellas», pensó mientras caminaba penosamente y observaba con agrado los rizos castaños que se movían de un lado a otro frente a él.

Cuando el carruaje se puso en marcha, Polly dio un saltito sobre el asiento mientras se reía, feliz como una niña.

–Me encanta subirme a los carruajes y ver cosas bonitas y pasármelo bien, ¿a ti no? –dijo, y al instante se calmó, como recordando que estaba de visita.

–No mucho –contestó Tom sin darle importancia. Se sentía agobiado por el hecho de verse encerrado con una desconocida en un carruaje.

–¿Cómo está Fan? ¿Por qué no ha venido? –preguntó Polly, esforzándose por ofrecer una apariencia recatada pese a que sus ojos no dejaban de ir de un lado a otro.

–Tenía miedo de estropear sus rizos –dijo Tom y sonrió, ya que traicionar su confianza le hacía sentir que volvía a tener las riendas.

–A ti y a mí no nos importa la humedad. Te agradezco que hayas venido a recogerme.

Tom sabía que Polly había sido muy amable al hacer aquel comentario, ya que su cabellera pelirroja era un tema delicado. Además, estar junto a los hermosos rizos castaños de Polly disminuía el tono cobrizo de los suyos. Por otro lado, no había hecho por ella más que llevarle un rato la bolsa, pero ella se lo agradecía de todos modos. Se sentía bien y, en un arranque de confianza, le ofreció unos cuantos cacahuetes, pues siempre guardaba en los bolsillos cierta cantidad de esa exquisitez, lo cual ayudaba a localizarlo gracias a las cáscaras que iba dejando a su paso.

En cuanto hizo aquel gesto, recordó que Fanny lo consideraba vulgar y sintió que había hecho caer en desgracia a su propia familia. Así que sacó la cabeza por la ventanilla y permaneció de aquel modo hasta que Polly le preguntó si le ocurría algo. «¡Da igual! A quién le importa una palurda de pueblo como ella», se dijo Tom haciéndose el viril y, a continuación, se apoderó de él un espíritu travieso.

–Está bastante borracho, pero supongo que será capaz de

dominar a los caballos –le contestó con mente perversa, aire de calma y resignación.

–¿Está bebido? ¡Ay! ¡Bajemos! ¿Están mal los caballos? Estamos muy altos. ¿Crees que es seguro? –gritó la pobre Polly, deformando su sombrerito al sacar la cabeza por la ventanilla medio abierta que tenía a su lado.

–Mucha gente vendría a recogernos si nos pasara algo, pero quizá sería más seguro si saliera yo y me sentara junto al hombre. –Tom casi resplandecía por la brillante idea que había tenido.

–¡Oh, sí, si no te da miedo! ¡Madre se preocuparía mucho si me pasara algo, estando tan lejos! –decía Polly muy afectada.

–No te preocupes. Me encargaré de este tipo y también de los caballos –dijo Tom y, abriendo la puerta, desapareció en la parte superior del carruaje, dejando a la pobre Polly temblando de miedo mientras él gozaba de su libertad y de sus cacahuets junto al conductor.

Fanny bajó como una exhalación las escaleras para encontrarse con su «querida Polly» mientras Tom la presentaba graciosamente con un «¡Ya la tengo!» y los aires de un intrépido cazador que muestra los triunfos de su destreza. Llevaron enseguida a Polly al piso de arriba y Tom, tras limpiarse las botas en la alfombrilla de la entrada, se retiró al salón para reponer fuerzas con media docena de galletas.

–¿No estás agotada? ¿No quieres tumbarte? –le dijo Fanny, sentándose en la cama de la habitación de Polly y parlotearo sin parar mientras pasaba revista a todo lo que llevaba puesto su amiga.

–No, en absoluto. Ha sido un viaje muy entretenido, sin problemas, a excepción del cochero borracho, pero Tom salió y lo controló, así que no tuve mucho miedo –contestó la inocente Polly, quitándose el sencillo y práctico abrigo y el sombrero que no tenía adornos, ni siquiera una pluma.

–¡Bobadas! No estaba borracho; Tom lo hizo para quedarse solo. No soporta a las chicas –le dijo Fanny con aires de superioridad.

–¿Qué? ¡Pero a mí me ha parecido muy agradable y amable! –Polly abrió los ojos sorprendida.

–Es un chico horrible, querida, y, si te relacionas con él, te atormentará de por vida. Todos los chicos son horrorosos, pero él lo es aún más.

Fanny asistía a una escuela prestigiosa donde las jovencitas estaban tan ocupadas aprendiendo francés, alemán e italiano que no tenían tiempo para practicar un buen inglés. Polly, al sentir que había perdido la confianza en aquel joven, tomó la decisión de olvidarse de él y, mientras contemplaba admirada la habitación espaciosa y magnífica, cambió el tema de la conversación.

–¡Es espléndida! Nunca había dormido en una cama con cortinas ni había tenido un tocador como este.

–Me alegro de que te guste, pero, por lo que más quieras, ¡no digas estas cosas delante de las otras chicas! –le replicó Fanny, deseando que Polly llevara pendientes como todas las demás.

–¿Por qué no? –preguntó el ratón de campo al ratón de ciudad, ignorando qué tenía de malo admitir que te gustaban las cosas hermosas que tenían los otros.

–Oh, se ríen de todo aquello que les suena un poco raro, y no es agradable. –Fanny no dijo «de pueblo», pero era lo que quería decir y Polly se sintió incómoda. Así que sacudió su pequeño vestido y decidió no hacer referencia a su propio hogar si podía evitarlo.

–Estoy tan mal que mamá dice que no es necesario que vaya a la escuela cada día mientras estés aquí, solo dos o tres de veces por semana, para mantener mi nivel de música y de francés. Tú también puedes venir, si quieres. Lo ha dicho papá. Hazlo, ¡es tan divertido! –exclamó Fanny,

sorprendiendo a su amiga con aquel inesperado interés por la escuela.

–Me daría miedo si todas las chicas se vistieran tan elegantemente como tú y supieran tanto –dijo Polly, quien solo de pensarlo ya había empezado a sentir timidez.

–¡Venga! No debes preocuparte por eso. Me encargaré de ti y te arreglaré para que no tengas un aspecto raro.

–¿Soy rara? –preguntó Polly, sorprendida por la palabra y con la esperanza de que no significara nada malo.

–Eres un encanto y estás mucho más guapa que el verano pasado, lo que pasa es que te has criado de un modo diferente al nuestro, ¿sabes? –empezó Fanny, a quien se le hacía difícil de explicar.

–¿Cómo diferente? –volvió a preguntar Polly, pues le gustaba entender las cosas.

–Bueno, para empezar, te vistes como una niña.

–Soy una niña, ¿por qué no debería vestirme como tal? –Polly contempló, confusa, su sencillo vestido azul de lana, las gruesas botas y el pelo corto.

–Tienes catorce años. Con esa edad, nosotras ya nos consideramos señoritas –continuó Fanny, examinando con satisfacción su cabello recogido, el flequillo de ricitos que le caía sobre la frente y el ondulante mechón que le bajaba por la espalda, su traje escarlata y rojo, su grueso fajín, su pequeño *pannier*, sus brillantes y pequeños botones en forma de rosa... y solo Dios sabía qué más. Al cuello llevaba un medallón, unos pendientes tintineaban en sus orejas y tenía diversos anillos en las manos que mejorarían con un poco de agua y jabón.

Los ojos de Polly iban de su propia imagen a la de su amiga y pensó que, de las dos, Fanny era la que tenía el aspecto más extraño. Polly vivía en una pequeña y tranquila localidad en el campo y sabía muy poco de las modas de ciudad. Estaba un tanto impresionada por la elegancia que

la rodeaba, ya que no había visto nunca la casa de Fanny, pues se habían conocido cuando Fanny estaba de visita en casa de una amiga que vivía cerca de Polly. Aun así, no permitió que la diferencia entre ella y Fan le preocupara en lo más mínimo.

Al minuto, se echó a reír y le dijo con satisfacción:

—A mi madre le gusta que me vista con sencillez y a mí no me importa. No sabría qué hacer arreglada como tú. ¿No te olvidas nunca de alzar el fajín y arreglarte esas cosas mu-
llidas cada vez que te sientas?

Antes de que Fanny pudiera contestarle, un grito procedente del piso de abajo hizo que ambas se detuvieran.

—Es solo Maud. Se pasa el día armando escándalo —empezó a decir Fanny, pero apenas habían salido las palabras de sus labios cuando se abrió la puerta de golpe y apareció una niña de unos seis o siete años hablando a gritos. Se detuvo en cuanto vio a Polly, la miró durante un instante y continuó con su vocerío justo donde lo había dejado, lanzándose a las faldas de Fanny y exclamando con furia:

—¡Tom se está riendo de mí! ¡Haz que pare!

—¿Qué has hecho para que se riera de ti? ¡No grites así, que asustarás a Polly!

Fan zarandeó a la pequeña, lo que finalmente hizo que obtuviera una explicación.

—Solo he dicho que tomamos nata *fgía* anoche en la fiesta... ¡y se ha burlado de mí!

—¡Helado, niña! —dijo Fanny y siguió el reprochable ejemplo de su hermano.

—Me da igual, estaba *fgío* y calenté el mío con el aire caliente y entonces sabía mejor, pero ¡Willy Bliss lo tiró sobre mi nuevo *abgigo*! —se lamentó de nuevo Maud.

—¡Ve con Katy, por favor! ¡Estás tan pesada como un oseznó! —le dijo Fanny mientras la sacaba de allí.

—Katy me *abugue* y no puedo *abugigme* porque soy

displicente. ¡Lo dijo mamá! –sollozaba Maud, convencida de que la displicencia era algo interesante.

–Baja y cómete la cena, así no te aburrirás.

Fanny se levantó, arreglándose como un ave antes de emprender el vuelo. Polly esperaba que el «chico horrible» no estuviera presente, pero allí estaba y la miró durante toda la cena de forma desafiante.

–¿Cómo estás, querida? –le preguntó el señor Shaw, un caballero con aspecto de estar muy ocupado—. Espero que te lo estés pasando muy bien –dijo y luego se olvidó de ella por completo.

La señora Shaw, una mujer pálida y nerviosa, recibió a la invitada y se aseguró de que no le faltara nada. La anciana Shaw, ataviada con un imponente sombrero, exclamó al ver a Polly:

–¡Cielo santo! La viva imagen de su madre, una mujer encantadora. ¿Cómo está ella, querida? –dijo con la mirada fija en la recién llegada, por encima de las gafas.

Entre la señora Shaw y Tom, Polly perdió el apetito. Fanny hablaba continuamente y Maud no dejaba de jugar, hasta que Tom propuso esconderla bajo la tapa de la bandeja de la comida, lo que provocó tal llanto que la sufrida Katy tuvo que llevarse a la niña, que no paraba de chillar. En resumen, la cena resultó bastante incómoda y Polly se alegró mucho cuando se acabó. Cada uno se dirigió a sus tareas y, tras hacer los honores de la casa, Fan tuvo que ir a la modista, dejando a Polly en el inmenso salón.

Polly se alegró de quedarse unos minutos sola y, tras haber examinado todas las cosas bonitas a su alrededor, empezó a caminar sobre la suave alfombra decorada con dibujos de flores, canturreando para sí mientras la luz del día se apagaba y el resplandor del fuego llenaba el lugar.

Entonces entró la anciana señora y se sentó en el sofá mientras le decía:

–Es una hermosa melodía. Cántamela, querida. Hacía mucho que no la oía.

A Polly no le gustaba cantar delante de desconocidos porque no había recibido jamás lecciones de canto, a excepción de las que su madre le había impartido, pero, como le habían enseñado a mostrar el máximo respeto por la gente mayor, y al no tener razón alguna para negarse, fue al piano e hizo lo que le habían pedido.

–Este es exactamente el tipo de música que resulta un placer escuchar. Cántame alguna más, querida –le pidió amablemente la señora.

Contenta por el comentario, Polly cantó con una vocecita fresca que llegaba directo al corazón de quien la escuchaba. El repertorio de Polly estaba formado por las antiguas y dulces melodías que uno jamás se cansaba de oír, siendo sus favoritas las que tenían cierto aire escocés, como *Yellow-haired Laddie*, *Jock o’Hazledean*, *Down among the Heather* y *Birks of Aberfeldie*. Cuanto más cantaba, mejor lo hacía y, cuando acabó con *A Health to King Charlie*, la sala resonaba con la emocionante música producida por el gran piano y la pequeña doncella.

–¡Por san Jorge! ¡Qué canción tan alegre! Cántala otra vez, por favor –resonó la voz de Tom, y ahí estaba su pelirroja cabeza, emergiendo de improviso por el alto respaldo de la silla tras la que se había escondido.

Polly dio un respingo en el asiento, pues creía que solo la anciana señora, que dormitaba cerca del fuego, la estaba escuchando.

–No puedo cantar más, estoy cansada –le dijo y fue hacia donde estaba la señora, en la otra habitación.

La cabeza pelirroja desapareció como si de un meteorito se tratara, ya que el tono de Polly había sido gélido. La anciana le tendió la mano a Polly y, atrayéndola hacia su rodilla, la miró a la cara con unos ojos que destilaban tal ternura que

hicieron que Polly olvidara el impresionante sombrero y sonriera confiada, pues se dio cuenta de que su sencilla música había complacido a su oyente y eso le agradaba.

–No debe importunarte que te mire fijo, querida –le dijo la señora, pellizcándole la mejilla sonrosada–. Hace tanto que no veo a una niña como tú que mirarte les hace bien a mis viejos ojos.

A Polly le pareció muy extraño lo que le decía y no pudo evitar preguntarle:

–¿No son niñas también Fan y Maud?

–¡Oh, querida, no! No lo que yo denominaría «niñas». Fan lleva siendo una señorita dos años y Maud es una cría mimada. Tu madre es una mujer sensata, mi niña.

«¡Qué señora más rara!», pensó Polly, pero le contestó afirmativamente con el mayor respeto y se quedó contemplando el fuego.

–No entiendes lo que quiero decir, ¿a que no? –le preguntó la señora, tocándole la barbilla.

–No, no mucho.

–Bueno, querida, te lo explicaré. En mis tiempos, las niñas de catorce o de quince años no se vestían siguiendo la última moda ni acudían a las fiestas como si fueran adultas, ya que podían acabar siendo unas holgazanas de primera, ligeras de cascos, llevando una vida poco saludable y hastiadas de todo lo que las rodeaba al llegar a los veinte. Éramos niñas hasta prácticamente los dieciocho, trabajábamos y estudiábamos, nos vestíamos y jugábamos como niñas, honrábamos a nuestros padres y los días duraban mucho más entonces que ahora, me parece a mí.

La anciana señora pareció olvidarse de Polly al final de su discurso, ya que estaba sentada dando palmaditas a la rechoncha manita que sujetaba entre las suyas, absorta, contemplando el viejo retrato de un caballero de antaño que llevaba una camisa de volantes y una coleta.

—¿Era su padre, señora?

—Sí, querida, mi honorable padre. Le hice los lazos hasta el día de su muerte y el primer dinero que gané fueron los cinco dólares que ofreció como premio a aquella de sus seis hijas que lograra hacer el zurcido más hermoso en sus medias de seda.

—¡Qué orgulloso debió de sentirse! —exclamó Polly, apoyándose en la rodilla de la señora con interés.

—Sí, y todas aprendimos a hacer pan, a cocinar y a llevar vestidos de cretona, y fuimos siempre tan felices y alegres como gatitos. Todas nos hemos hecho abuelas y madres, yo soy la última. Cumpliré setenta en mi próximo cumpleaños, querida, pero todavía no estoy consumida, aunque mi hija Shaw es inválida a sus cuarenta años.

—Así es como me han educado y supongo que esa es la razón por la que Fan me llama anticuada. Cuénteme más cosas sobre su papá, por favor —le dijo Polly.

—«Padre». Jamás lo llamamos «papá» y, si uno de mis hermanos lo hubiera llamado «viejo», como hacen los chicos de hoy en día, creo que lo habría desheredado.

La señora alzó la voz al decir aquello, pero el ronquido que provenía de la otra habitación le hizo saber que la indirecta había sido una pérdida de tiempo.

Antes de que pudiera continuar, apareció Fanny con la fantástica noticia de que Clara Bird las había invitado al teatro aquella misma tarde y que las vendría a buscar a las siete en punto. Polly estaba tan contenta por la repentina inmersión en el entretenimiento que podía ofrecer la vida de ciudad que anduvo revoloteando como una mariposa distraída y de poco se enteró hasta que se encontró sentada ante la gran cortina verde del deslumbrante teatro. El viejo señor Bird estaba sentado a un lado, Fanny al otro, pero ambos la dejaron tranquila, cosa que agradeció inmensamente, ya que tenía toda su atención puesta en lo que la rodeaba y no podía ni articular palabra.

Polly no había ido mucho al teatro y las pocas obras que había visto eran adaptaciones de los antiguos cuentos de hadas para jóvenes, es decir, piezas alegres, brillantes y repletas de las tonterías que hacen reír sin sonrojarse. Aquella noche vio uno de esos espectáculos nuevos que últimamente se habían convertido en lo más popular, deslumbrando, emocionando y desmoralizando al espectador con toda triquiñuela que la ingenuidad francesa pudiera inventar y la prodigalidad americana ejecutar. Poco importaba cuál era su nombre, era espectacular y estaba muy de moda, así que, naturalmente, era muy admirado y todo el mundo iba a verlo. Al principio, Polly creía que se encontraba en el país de las hadas y solo podía ver a las resplandecientes criaturas que danzaban y cantaban en un mundo de luz y de belleza, pero, poco después, prestó atención a las canciones y a las conversaciones, y el espejismo se evaporó, ya que aquellos espíritus encantadores cantaban las melodías de los negros, hablaban en argot y eran la desgracia de todos los buenos y anticuados elfos que ella conocía tan bien y a los que tanto quería.

Nuestra muchachita era demasiado inocente para entender la mitad de las bromas y a menudo se preguntaba de qué se estaba riendo la gente. Sin embargo, en cuanto se desvaneció el encantamiento inicial, Polly empezó a sentirse incómoda, ya que estaba segura de que a su madre no le habría gustado que estuviera allí, y deseó no haber ido nunca. De algún modo, las cosas empeoraban cada vez más a medida que la obra avanzaba y ella se percataba de lo que ocurría cada vez más rápido, gracias a los cuchicheos, a lo que veía y a su instinto. Cuando aparecieron en el escenario veinticuatro chicas disfrazadas de *jockeys*, pavoneándose, haciendo vibrar sus látigos, asentando con fuerza las suelas de sus botas de montar y guiñando un ojo al público, Polly ya no lo consideró divertido, sino desagradable y se alegró

cuando desaparecieron de escena. Y cuando salió el siguiente grupo de chicas, ataviadas con alas de gasa y una franja dorada al cinto, la pobre Polly no sabía qué hacer: ahora se sentía atemorizada e indignada, así que bajó la vista hacia el programa de la obra que tenía en las manos, sintiendo cómo se le encendía el rostro.

—¿Por qué estás tan sonrojada? —le preguntó Fanny cuando se fueron las sílfides maquilladas.

—Me siento tan avergonzada por esas chicas... —susurró Polly, dando un largo respiro de alivio.

—Angelito..., así es como lo hacen en París, y el baile es espléndido. Al principio parece un poco raro, pero te acostumbrarás, como me pasó a mí.

—No volveré a venir —dijo Polly con decisión, pues su naturaleza inocente se rebelaba contra un espectáculo que, por el momento, le había producido más dolor que placer. No sabía lo fácil que era «acostumbrarse», como Fanny, y le parecía adecuado que no se le ofreciera esa tentación a menudo. No podía explicar lo que sentía, pero se alegró cuando se acabó el espectáculo y ya estaban a salvo en casa, donde la amable abuela las esperaba para llevarlas a dormir confortablemente.

—¿Te lo has pasado bien, querida? —le preguntó la mujer, observando las mejillas sonrojadas de Polly y los ojos desorbitados.

—No quiero ser maleducada, pero no —respondió Polly—. En parte fue espléndido, pero la mayor parte del tiempo deseé esconderme bajo el asiento. A la gente pareció gustarle, pero yo no creo que fuera adecuado.

Mientras Polly se desahogaba e ilustraba su opinión con un golpe decidido de la bota que se acababa de quitar, Fanny se echó a reír y, dando unas cuantas piruetas por la habitación como *mademoiselle* Thérèse, dijo:

—Polly estaba conmocionada, abuela. Tenía los ojos abiertos

como platos, la cara tan roja como mi fajín y, por un momento, creí que iba a ponerse a llorar. Parte del espectáculo era un poco raro, pero naturalmente que era adecuado, si no nuestro grupo no habría asistido nunca. Oí como la señora Smythe Perkins decía: «Encantador, como en nuestro querido París», y ella ha vivido en el extranjero, así que, por supuesto, sabe de qué habla.

–Me da igual. ¡Sé que no era adecuado para las niñas porque, si no, no me habría sentido tan avergonzada! –exclamó Polly perpleja aunque no convencida, ni tan siquiera por la señora Smythe Perkins.

–Creo que tienes razón, querida, pero has vivido en el campo y no has aprendido todavía que la modestia ya no está de moda –dijo la abuela y, con un beso de buenas noches, dejó que Polly tuviera una pesadilla en la que bailaba con un disfraz de *jockey* en un gran escenario donde Tom tocaba un tambor en la orquesta y el público, que tenía el rostro de su padre y el de su madre, la miraba con cara de pena, con los ojos como platos y los rostros tan enrojecidos como el fajín de Fanny.

CAPÍTULO II

NUEVAS MODAS

—**H**oy voy a la escuela, así que levántate y ve preparándote —dijo Fanny uno o dos días después al abandonar la mesa de un desayuno tardío.

—Estás muy guapa. ¿Qué tienes que hacer? —le preguntó Polly, siguiéndola hasta el vestíbulo.

—Acicalarse durante media hora y ponerse postizos —contestó el irreverente Tom, cuya preparación para ir a la escuela consistía en calarse la gorra y atar unos cuantos libros voluminosos que tenían el aspecto de ser empleados, en ocasiones, como armas de defensa.

—¿Qué son postizos? —inquirió Polly mientras Fanny se marchaba hacia arriba sin dignarse a contestar.

—Cabello ajeno colocado sobre la cabeza de alguien a quien no le corresponde —contestó Tom mientras se marchaba, silbando con aire de sublime indiferencia ante el estado de su «rizada cabezota».

—¿Por qué tienes que vestirme de un modo tan elegante para ir a la escuela? —le preguntó Polly, observando cómo Fan se arreglaba los ricitos del flequillo y se recolocaba los diversos lazos y festones de su vestido.

—Todas las chicas lo hacen y es lo apropiado. Nunca sabes a quién vas a encontrarte. Después de clase saldremos a pasear, así que me gustaría que llevaras tu mejor sombrero y tu mejor bolso —le contestó Fanny, intentando colocarse el sombrero en un ángulo que desafiaba las leyes de la gravedad.

–Claro, si crees que este no es lo suficientemente bonito... Prefiero el otro porque lleva una pluma, pero este me abriga más, así que lo llevaré cada día –dijo Polly y fue a su habitación a acicalarse, temiendo que su amiga se avergonzara de su sencillo vestido–. ¿No tendrás frío en las manos con esos guantes tan finos? –le dijo luego mientras caminaban por la calle nevada, acompañadas del viento que les congelaba el rostro.

–Sí, un frío espantoso, pero mi manguito es tan grande que no pienso ponérmelo. Mamá no quiere estrecharlo y reservo el armiño para mejores ocasiones –dijo Fanny, acariciando sus pequeños guantes.

–Supongo que mi ardilla gris también es demasiado grande, pero es agradable y calentita. Tú también puedes calentarte las manos con ella si quieres –le dijo Polly, examinando sus guantes de lana con aire de poca satisfacción pese a haberlos considerado muy elegantes.

–Tal vez lo haga. Venga, Polly, no seas tímida. Solo te voy a presentar a dos o tres chicas y no tienes que preocuparte lo más mínimo por el viejo Monsieur, ni leer si no te apetece. Estaremos en la antesala, así que solo verás a una docena de chicas y estarán tan ocupadas que no te prestarán ninguna atención.

–Creo que solo me sentaré a mirar. Me gusta observar a la gente. Aquí todo es tan nuevo y tan raro...

Polly se sintió y se mostró muy tímida al entrar en una clase llena de señoritas, tal y como Polly las consideraba, ya que todas iban muy arregladas, hablaban entre ellas y se giraron para examinar a la recién llegada con una mirada fría que parecía estar de moda, como los monóculos. Asintieron afables cuando Fanny la presentó, dijeron algo correcto y le hicieron un hueco en la mesa donde estaban sentadas esperando a Monsieur. Algunas chicas más atrevidas imitaban los pasos de baile de la danza griega, otras estaban

concentradas leyendo unas notas, casi todas comían dulces y las doce parlotaban como cotorras. En cuanto le dieron amablemente una cantidad de caramelos, Polly se sentó, observando y escuchando, sintiéndose muy niña y pueblerina entre aquellas señoritas tan elegantes.

—Chicas, ¿sabéis que Carrie se ha ido al extranjero? Había tantas habladurías que su padre no pudo soportarlo y se llevó a toda la familia. ¿No es genial? —dijo una vivaracha damisela que acababa de entrar.

—Yo creo que era mejor que se fueran. Mi mamá dice que si yo hubiera ido a esa escuela, me habría sacado de allí de inmediato —respondió otra chica, dándose importancia.

—Carrie se fugó con un profesor de música italiano y la historia apareció en los periódicos, creando un gran revuelo —le explicó a Polly, un tanto turbada, la chica con la que había hablado en primer lugar.

—¡Qué horror! —exclamó Polly.

—Pues yo creo que fue divertido. Ella solo tenía dieciséis años y él era magnífico. Ella tiene mucho dinero y todo el mundo hablaba de ello, y allá donde iba la gente la miraba, ya sabes, y a ella le gustaba. Pero su padre es un cascarrabias, así que los ha enviado a todos lejos. Es un fastidio porque era la chica más divertida que he conocido jamás.

Polly no tenía nada que decir a la ufana señorita Belle, por lo que se limitó a observar.

—Me encanta leer sobre eso, pero resulta tan inconveniente que ocurra justo aquí. Nos pone las cosas más difíciles. Ojalá hubieras escuchado lo que me dijo mi papá. Me amenazó con hacer que me acompañara una doncella a la escuela cada día, como hacen en Nueva York, para asegurarse de que llego bien. ¿Os lo podéis creer?

—Eso es porque trascendió que Carrie solía falsificar sus justificantes con la letra de su madre para poder ir a pasear con su Orestes mientras sus padres creían que estaba a salvo

en la escuela. ¿A que fue descarada? –exclamó Belle, como si más bien admirara la trampa.

–Creo que no está mal divertirse un poco y que no hay ninguna necesidad de convertirse en la comidilla de nadie sí, de vez en cuando, alguien se escapa como Carrie. Los chicos hacen lo que quieren y no entiendo por qué las chicas tienen que estar tan resguardadas. ¡Me gustaría ver quién se atrevería a vigilarme y acompañarme a mí! –añadió otra atrevida jovencita.

–Tendría que ser un policía para poder hacer eso, Trix, o un hombre muy bajito con un sombrero muy alto –dijo Fanny astutamente, lo que provocó una risa general e hizo que Beatrice moviera la cabeza con coquetería.

–Oh, ¿has leído *La novia fantasma*? ¡Da mucho miedo! Todas lo piden en la biblioteca, aunque están las que prefieren *Despedazar una mariposa*. ¿Cuál te gusta más? –le preguntó a Polly una chica pálida en uno de los pocos descansos que se produjeron.

–No he leído ninguno de los dos.

–Pues tienes que hacerlo. Adoro los libros de Guy Livingston y los de Yates. Los de Ouida me encantan, pero son tan largos que me agoto antes de poder terminarlos.

–No he podido leer nada más que una de las novelas de Muhlbach desde que llegué. Me gustan porque contienen detalles históricos –dijo Polly, feliz de aportar algo de sí misma a la conversación.

–Esas están bien porque aprendes leyendo, pero a mí me gustan las novelas apasionadas, ¿a ti no?

La aparición de Monsieur salvó a Polly de tener que admitir, angustiada, que no había leído ninguna de aquellas novelas. Monsieur era un anciano francés de cabellos grises que llevaba a cabo su tarea de maestro con el aire resignado de aquel que está acostumbrado a ser la víctima. Las jovencitas cotorreaban durante la clase, hicieron un ejercicio y

leyeron algo de historia francesa. Sin embargo, no daba la impresión de que les importara mucho, aunque Monsieur estaba más que dispuesto a explicar, y Polly se sonrojó por su amiga cuando tuvo que responder qué famoso francés había luchado en la Revolución y dijo Lamartine en lugar de Lafayette.

Pronto se acabó la hora de clase y, después de que Fan acabara su lección de música en otra aula mientras Polly hacía de oyente, llegó la hora del descanso. Las chicas más jóvenes paseaban de un lado a otro del patio, cogidas del brazo, comiendo pan con mantequilla; otras se quedaron en clase leyendo y cotilleando, pero Belle, Trix y Fanny salieron a almorzar a una cercana heladería de moda y Polly las siguió dócilmente, sin atreverse a hacer alusión alguna al pan de jengibre que la abuela le había metido en el bolsillo para el almuerzo. De este modo, las galletas quedaron relegadas mientras Polly trataba de satisfacer su apetito con un helado y tres *macarons*.

Las chicas parecían estar muy animadas, especialmente cuando apareció un caballero de poca estatura con un rostro tan joven que Polly habría dicho que se trataba de un chico si no hubiese sido porque llevaba un sombrero alto de caballero. Escoltada por este joven tan impresionante, Fanny dejó a sus amigas y se fue a caminar, como se denominaba al hecho de pasear lentamente por las calles más concurridas. Polly caminaba discretamente detrás, en un segundo plano, divirtiéndose mientras miraba su reflejo en los escaparates de las tiendas hasta que Fanny, recordando sus propios modales incluso en un momento tan interesante, la llevó a una galería de arte y le pidió que se entretuviera mirando las obras mientras descansaban. La obediente Polly se paseó por la sala varias veces, examinando, aparentemente, las pinturas con el interés de un especialista y procurando no prestar atención al suave parloteo de la pareja, sentada en

el asiento circular. Aun así, no podía evitar preguntarse qué era lo que Fan encontraba tan absorbente en todo aquello y por qué tenía que prometer de manera tan solemne no olvidarse del concierto de esa tarde.

Cuando por fin Fanny se levantó para marcharse, el rostro fatigado de Polly fue todo un reproche, así que se despidió rápido del bajito caballero y se dirigió a casa, diciéndole a Polly confidencialmente mientras apoyaba una mano sobre la suya:

—No debes decir ni una palabra sobre Frank Moore o papá me cortará la cabeza. No es que me guste ni nada por el estilo, además, a él le gusta Trix, lo que pasa es que se han peleado y él quiere darle celos flirteando conmigo. Ya le he reprendido por eso y me ha prometido que hará las paces con ella. Iremos todos a los conciertos de la tarde y nos lo pasaremos de fábula, además se supone que Trix y Belle estarán allí, así que tú tranquila, todo irá bien.

—Me temo que no —empezó Polly, a quien, al no estar acostumbrada a los secretos, se le hacía muy difícil guardar uno aunque fuera muy pequeño.

—No te preocupes, niña. No es asunto tuyo, así que podemos ir y divertirnos con la música y, si otros flirtean, no será culpa nuestra —le contestó Fanny con impaciencia.

—Claro que no, pero entonces, si a tu padre no le gusta que hagas eso, ¿deberías ir?

—Se lo he dicho a mamá y a ella no le importa. Papá se escandaliza por todo y la abuela tiembla con cada cosa que hago. Pero tú tendrás la boca cerrada, ¿a que sí?

—Sí, claro que sí, jamás me chivo.

Polly mantuvo su palabra, convencida de que Fan no pretendía engañar a su padre, pues se lo había contado todo a su madre.

—¿Con quién irás? —le preguntó la señora Shaw cuando

Fanny mencionó que había concierto aquel día antes de las tres de la tarde.

–Solo con Polly. Le gusta la música y, como la semana pasada hubo tormenta, no pude ir, ya sabes –contestó Fan, y añadió al salir–: Pero si nos encontramos con alguien por el camino, no podré evitarlo, ¿verdad?

–Puedes decir que no, ¿verdad?

–Pero eso es muy desconsiderado. ¡Madre mía! Por ejemplo, el hermano de Belle, Gus, él siempre va. ¿Llevo bien el pelo? ¿Y el sombrero?

Antes de que Polly pudiera decir nada, el señor Gus se les unió como si tal cosa y pronto Polly se quedó rezagada tras ellos, con el presentimiento de que las cosas no iban «bien», aunque no sabía cómo arreglarlo. Como le gustaba mucho la música, se imaginaba, la muy inocente, que todo el mundo asistiría por la misma razón, por eso encontró tan irritante que los jóvenes a su alrededor no dejaran de cuchichear. Belle y Trix estaban allí, vestidas de etiqueta y, en las pausas entre las diferentes melodías, los señores Frank y Gus, junto a otros «atractivos caballeros», deleitaban a las señoritas con interesantes noticias y cotilleos de la vida universitaria, a juzgar por la atención que les prestaban las chicas a sus elocuentes afirmaciones.

Polly lo observaba todo aterrada. Aunque no era del todo ignorada en atención a su género, evidentemente, la consideraban tan solo «una cosita silenciosa», de modo que, como no la tenían por alguien con quien hablar en sociedad, simplemente dejaban de lado a la guapa chiquilla y se dedicaban a las jóvenes señoritas. Por suerte, Polly se olvidó de todos ellos gracias a que estaba disfrutando, así que allí estaba, sentada con una cara de felicidad tal que otros amantes de la música la miraban sonriéndole, porque su corazón daba una cálida bienvenida a la melodía que surgía de los instrumentos. Ya había anochecido cuando salieron y Polly se

sintió aliviada al ver el carruaje que las esperaba, pues nunca le había gustado ser un segundo plato y ya había tenido suficiente por un día.

–Me alegro de que se hayan ido esos hombres. No me gustaba que hablaran cuando lo que yo quería era escuchar la música –comentó Polly mientras se alejaban.

–¿Cuál te gustó más? –le preguntó Fanny con tono de lánguida superioridad.

–El más normal, el que no hablaba mucho. Me recogió el manguito cuando se me cayó y se ocupó de mí entre el gentío. A los demás no les importé en absoluto.

–Imagino que creían que eras una niña pequeña.

–Mi madre dice que un auténtico caballero es tan educado con una niña pequeña como con una mujer, por eso el que mejor me cayó fue el señor Sydney, porque fue muy amable conmigo.

–Qué niña más observadora eres, Polly. Nunca habría pensado que te fijarías en detalles como ese –le dijo Fanny, quien empezaba a entender que en una niña pequeña podía haber mucho de mujer.

–Estoy acostumbrada a los buenos modales aunque viva en el campo –le contestó Polly un tanto azorada, pues no le gustaba que fueran condescendientes con ella, ni tan siquiera sus amigos.

–La abuela dice que tu madre es toda una señora y tú eres exactamente igual que ella, así que no te enfades con esos pobres chicos, ya me encargaré yo de que se comporten mejor la próxima vez. Tom no tiene modales, pero no te quejas de él –añadió Fan riéndose.

–Me da lo mismo si los tiene o no. Es un chico y actúa como tal, y con él puedo llevarme mucho mejor que con cualquiera de esos hombres.

Fanny iba a reprender a Polly por decir «esos hombres» de un modo tan despectivo, pero ambas se sobresaltaron

al oír un ahogado «¡quiquiriquí!» procedente del asiento de enfrente.

—¡Es Tom! —gritó Fanny, y en aquel instante apareció ese chico incorregible, con el rostro enrojecido y aguantándose la risa. Tras sentarse, miró a las chicas como si se sintiera satisfecho con el éxito de su travesura y esperaba que lo felicitaran por ello—. ¿Has oído algo de nuestra conversación? —le preguntó Fanny preocupada.

—¡Pues claro! ¡Cada palabra! —exclamó Tom visiblemente rebosante.

—Polly, ¿habías visto alguna vez a un sapo tan irritante? Ahora supongo que irás con la gran historia a papá.

—Tal vez sí, tal vez no. ¡Menudo respingo ha dado Polly al verme! La he oído chillar y acurrucarse.

—Y también has oído que alabábamos tus modales, ¿no es cierto? —le preguntó Polly con intención.

—Sí, los considerabas adecuados, de modo que no voy a chivarme de ti —le contestó Tom con una inclinación de cabeza tranquilizadora.

—No hay nada que contar.

—¿Que no hay nada? ¿Qué suponéis que os dirá el viejo cuando sepa que salís con esos dandis? Os he visto.

—¿Qué viejo? ¿De qué habla? —preguntó Polly, tratando de aparentar que estaba tan confusa como revelaban sus palabras.

—¡Venga ya! Ya sabes a quién me refiero, así que no intentes engañarme como hace la abuela.

—Tom, hagamos un trato —exclamó Fanny entusiasmada—. No fue culpa mía que Gus y Frank estuvieran allí y no podía evitar que me dirigieran la palabra. Lo hago lo mejor que puedo y papá no tiene por qué enfadarse, porque siempre me porto mucho mejor que algunas de las chicas. ¿A que sí, Polly?

—¿Un trato? —observó Tom, pensando en clave de negocios.

–Si no dices nada y no armas un escándalo explicando lo que no tenías derecho a escuchar (¡estuvo muy mal que escucharas a escondidas, deberías sentirte avergonzado!), te ayudaré a seguir dando la lata con el velocípedo y no diré ni una palabra en contra cuando mamá y abuelita le supliquen a papá que no te lo dejen.

–¿Lo harás? –Tom se detuvo a considerar la oferta con todos los pros y los contras.

–Sí, y Polly me ayudará, ¿a que sí?

–Preferiría no tener nada que ver con eso, pero no diré ni haré nada que pueda perjudicarlo.

–¿Por qué no? –le preguntó Tom con curiosidad.

–Porque me parece un engaño.

–Bueno, papá no tiene motivo para ser tan quisquilloso –dijo Fan con petulancia.

–Después de saber lo de esa Carrie y todo lo demás, no me sorprende que sea quisquilloso. ¿Por qué no se lo cuentas directamente y no lo haces más si no quiere que lo hagas? –le dijo Polly persuasiva.

–¿Tú se lo cuentas todo a tu padre y a tu madre?

–Sí, y me ahorra muchos problemas.

–¿No te dan miedo?

–Claro que no. A veces me cuesta explicarles las cosas, pero me siento bien cuando lo hago...

–¡Madre mía! ¡Qué jaleo por nada! –dijo Fanny a punto de llorar de pura irritación.

–No, nada no. Sabes que tienes prohibido salir tan a menudo con esos tipos y por eso ahora estás en un aprieto. No voy a hacer ningún trato y lo voy a contar todo –replicó Tom con un repentino ataque de firmeza moral.

–¿Y si te prometo que nunca, nunca jamás, voy a volver a hacerlo? –le preguntó Fanny ingenuamente, ya que, cuando Thomas tomaba las riendas, su hermana acababa accediendo muy a su pesar.